

"Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación" (Mc 16, 9-15).

ANUNCIAR EL REINO DE DIOS desde LA MISERIA y la búsqueda de la ESTABILIDAD ECONÓMICA:

Experiencia de un sacerdote misionero con pasado en Europa

Soy Divin Kisakala, Misionero claretiano y sacerdote, de nacionalidad congoleña (República Democrática del Congo, Ex Zaire). Con pasado en España, cuatro años de estudios eclesiásticos en Granada y tres años de Derecho Canónico en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, he de expresar que, siendo orgulloso de mi vocación, no es fácil conciliar la estabilidad económica y la miseria en un mismo Evangelio.

En efecto, después de pasar siete años en España, en un contexto totalmente europeo y con medios más o menos estables, tanto económicos, sociales como eclesiales, he tenido que volver a mi País. He tomado la decisión de regresar a mi país no por obligación, sino como opción de vida como misionero. Siempre he tenido la convicción de que los misioneros que van a Europa tienen diversos motivos: algunos van para estudiar y establecerse allí, otros van para estudiar y regresar a sus países de origen, y otros van con el propósito de trabajar como misioneros.

En mi caso particular, en colaboración con mi Instituto, fui a España con el propósito de estudiar y luego regresar a mi país para trabajar. Mi objetivo era utilizar mi experiencia para transformar la realidad desde dentro, ya que en esto consiste el mandato misionero: "Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación".

Después de pasar siete años en España, donde mana "leche y miel" según se dice en mi África, volver a mi país ha supuesto un desafío: un desafío porque muchos sacerdotes africanos, religiosos o diocesanos que vienen a Europa para estudiar no vuelven, porque las condiciones de subsistencia en Europa son decentes, tanto dentro de la Iglesia como fuera. Pero siempre he tenido la convicción de que me fui a España para aprender y volver para ayudar. Para los que han estudiado un poco de filosofía, es como el mito de la caverna de Platón. Yo sería como el filósofo, sin vanagloriarme, que ve la realidad de otra manera y vuelve a la caverna para iluminar a los demás. Pero no es fácil iluminar a los demás, sobre todo en el contexto social en el que vivimos en mi país.

1. Contexto social de mi país

Estamos hablando de un país de más de 95 millones de habitantes, casi más de dos veces que España, donde 8 habitantes de 10 viven en una pobreza extrema, a pesar de ser un país con muchos minerales. Más allá de la pobreza, hay que añadir la inseguridad en las grandes ciudades y aglomeraciones, empezando por la capital del país (Kinshasa), sobre todo en la parte Este donde se concentra el coltán, el mineral moderno para la fabricación de móviles y ordenadores. Los ucranianos sufren con la invasión de Rusia, está mal, pero los congoleños están acostumbrados a sufrir, y sin soluciones.

2. Situación religiosa

En la República Democrática del Congo las Iglesias crecen cada día. Hay una iglesia en cada avenida. Esta hiper-religiosidad se nutre de la pobreza para predicar una teología de prosperidad: Un Dios que da visado para ir a Europa, un Dios al que se invoca sólo para salir de la pobreza. En este contexto, dar gracias a Dios por la salud no es prioritario.

En este contexto de teología la Iglesia católica es la única que predica una teología que consiste a buscar a Dios porque es Dios, autor de toda la vida, un Dios verdadero que nos salva. Sin embargo, también nos enseña que Dios nos salva de la miseria al contar con nuestra participación activa.

En este contexto realizo mi misión, intentando mostrar a la gente que no podemos salir de la pobreza rezando todo el día, ni dejando a Dios hacer lo que hemos de hacer. Desde el 22 de enero de 2022, me encuentro desempeñando el cargo de Párroco en la periferia de la capital, una zona que se destaca por sus notables contrastes. Poca gente tienen medios suficientes y adecuados para vivir, mientras la mayoría viven en la miseria. Todos vienen a misa y rezan a un mismo Dios. Muchas familias comen por turno: por la mañana como la mitad de la familia y por la tarde come la otra mitad, porque no hay para todo. Esta situación me provoca tristeza e impotencia, una vez vivido a Europa y ver esta miseria.

La parroquia Nuestra Señora de Fátima en la que ejerzo mi ministerio junto con el Padre Christian MATENSE, tiene tres centros pastorales: el centro, donde se encuentra la iglesia parroquial, el centro Millenium y el centro Kingantoko. En realidad, se trata de una parroquia muy grande y difícil de recorrer. Los feligreses tienen que caminar varios kilómetros para ir a un centro o a otro. Hay otros centros que nos gustaría crear para reducir las distancias, pero nos hace muy difícil: no tenemos medios de transportes para desplazarnos fácilmente, además no tenemos medios suficientes para comprar terrenos y crear otros centros. Siento una profunda admiración por los feligreses que, a pesar de tener que recorrer largas distancias, acuden a las diferentes sedes para asistir a las misas. Sin embargo, mi mayor preocupación recae en las personas mayores que tienen dificultades para desplazarse.

A estos desafíos se añade el de la iglesia parroquial: estamos en una iglesia muy pequeña, pero cada día la gente huye de la capital para venir a la periferia porque no pueden más con la vida lujosa de la capital. La necesidad de construir una nueva iglesia se hace evidente, pero surge la pregunta de cómo llevar a cabo este proyecto cuando hay personas que ni siquiera tienen lo suficiente para comer. Esta es una situación compleja en la que nos encontramos.

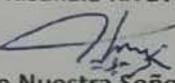
Sin gloriarme por la misión que realicé, a veces he tenido que renunciar lo poco que las finanzas parroquiales me dan para mi apostolado con la única intención: ayudar a algunas familias a independizarse para que ellos ayuden a los demás, así podemos anunciar verdaderamente que "Jesús vino a salvarnos".

No he escrito esta experiencia para buscar dinero, lo comparto con un amigo, Michael, con el que he compartido la vida y mi experiencia de fe, que se ha interesado y que reza por mí y sobre todo por la misión que Dios me ha encomendado. Soy consciente de los numerosos desafíos que enfrentamos, y confío plenamente en que Dios nos brindará su ayuda en esta misión. Agradezco a Dios por encomendarme esta labor y hago un llamado a todas las personas de buen corazón a que nos apoyen con sus oraciones y, si es posible, con cualquier contribución que puedan ofrecer, ya sea un donativo o cualquier forma de ayuda. Su generosidad será de gran valor para continuar con esta obra. ¡Todos somos cristianos y Dios quiere que seamos felices!

Para los que quisieran ayudarnos con un donativo, aquí está el número de cuenta en dólares:
733100093066886.



Divin Kisakala Kivuvu, Cmf


Párroco de Nuestra Señora de Fátima